

# La generación del 68 en la historia contemporánea

Celso ALMUIÑA FERNÁNDEZ

Universidad de Valladolid<sup>1</sup>  
celso@fyl.uva.es

Después de la generación de historiadores que podemos denominar de postguerra, aquellos que terminaron sus estudios y/o comenzaron sus investigaciones en los años cuarenta y cincuenta, al adentrarnos en la década de los sesenta podemos afirmar que comienza a formarse en la universidad española una nueva generación que, por inducción exterior, bien podríamos denominar del '68; es decir, aquellos que terminamos la licenciatura en dicha década<sup>2</sup>. Momento en que, al menos, los dos grandes paradigmas históricos —economicismo y culturalismo— bajo escuelas diversas y, en no pocas ocasiones, con serios enfrentamientos científico/políticos, comenzaban a cuestionarse; aunque de momento pareciese que gozaban de relativa buena salud científico/política. La crisis o al menos el cuestionamiento de esos dos grandes paradigmas coincide con esta generación que llegó a las Adjuntías/Agregaciones/Cátedras de universidad por aquellos momentos finales de los 70/80. Momento pues de cambio o bisagra entre la generación de postguerra y su modo de concebir la historia y la, por entonces, nueva, que quería arrancar de nuevos planteamientos científicos e ideológicos, los cuales desembocaron en la praxis en una saludable «dispersión» interpretativa y política dentro del gremio.

Este es un poco el marco de fondo que, como no podía ser de otra manera, respondía a los importantes cambios político/sociales que estaban teniendo lugar en España en aquellos momentos y que esta generación —cada uno en su pequeña parcela— ayudó a protagonizar, y a los cambios interpretativos (deconstrucción) que se estaban operando en muchas ciencias y especialmente en el campo histórico. Me parece que estas dos coordenadas (espacio/temporal y científica) son básicas para poder comprender tanto los campos abordados, metodologías e

---

<sup>1</sup> Adjunto de Historia Contemporánea de la Universidad de Valladolid (12 de julio de 1978), después de haber renunciado a la Adjuntía de «Historia Moderna y Contemporánea Universal», Agregado (Universidad de Extremadura y Valladolid), 14 de abril de 1980 y Catedrático (universidad de Valladolid), 22 de junio de 1982.

Director del Instituto de Ciencias de la Educación (I.C.E.) (1982/84). Director del «Departamento de Historia Moderna, Contemporánea, América, Periodismo, Comunicación Audiovisual, Publicidad y Relaciones Públicas» desde 1984 hasta el presente.

<sup>2</sup> En mi caso, entre 1965-70

interpretaciones como las diferentes trayectorias personales de esta generación de historiadores que en cierta medida —con sus aciertos y limitaciones— hemos puesto parte de las actuales bases de la interpretación española de la contemporaneidad.

En realidad nuestra llegada a la agregación/cátedra era, al menos hay que suponerlo, el fruto de un trabajo (investigación, docencia, etcétera), que arrancaba de los años de la licenciatura, la cual se había desarrollado a lo largo de los años «críticos» de esta generación<sup>3</sup>. Pero, a la vez, era también los años de la Transición y sobre todo el comienzo de una nueva etapa democrática, superado el gran susto del *tejerazo* (febrero del 81); cuando apenas acabados de llegar a la agregación/cátedra. Hay fechas, por motivos personales, aparte de los generales, que son difíciles de olvidar. En todo caso, superados estos momentos, se abría ante nosotros toda una promesa de retos (políticos, sociales, culturales, intelectuales, históricos, etc.) que demandaban nuestra participación e implicación.

Para mí, en concreto, aunque las líneas de investigación<sup>4</sup> venían de antes, la coyuntura de esos años acentuó especialmente dos campos de investigación: Regionalismos/nacionalismos —nuevos sujetos históricos que irrumpen con fuerza en el campo historiográfico español— y el papel sobredimensionado de los Medios de Comunicación Social en la conformación de corrientes de opinión, cuyo estudio estaba prácticamente inédito desde planteamientos científicos.

En cuanto a la primera línea de investigación, historiar el pasado de las nuevas/viejas **Comunidades Autónomas**, antes incluso de que la nueva Constitución (1978) las consagrara. La impaciencia había puesto en marcha a las denominadas preautonomías, lo cual indirectamente nos embarcó —en demasiados casos— en una frenética búsqueda de orígenes y «diferencias» a la carta. Los políticos en general nos fueron marcando los temas, antes incluso de que se pudiesen investigar y reflexionar convenientemente sobre muchos de ellos. Había que hacer frente a una demanda (consumo) creciente en este sentido. Y una especie de «nuevo patriotismo» se apoderó de no pocos. Un momento historiográfico que, con la suficiente perspectiva, será muy provechoso deconstruir y revelador desmenuzar.

En mi caso, desde esta perspectiva, me interesaron temas gallegos (por nacimiento y vinculaciones) y castellanos (ubicación). Por lo que se refiere al primer campo, al que presté menos atención de la que hubiese deseado, me centré especialmente en el campo cultural y opinión pública: Rosalía, Castelao, conciencia gallega, prensa y algunos otros de carácter local.

<sup>3</sup> La Universidad de Valladolid fue cerrada por el franquismo a partir de enero de 1975, lo que coincidió ya con la etapa del «penenado» (PNN) (representante), cuya gran demanda era el «contrato laboral» (Trabajadores de la enseñanza).

<sup>4</sup> Me parece más interesante para el lector y desde luego menos aburrido hablar de campos o líneas de investigación seguidas, más que en cada uno de ellos hacer una relación pormenorizada de lo publicado; puesto que la lista resultaría larga (obvio después de tantos años en la brecha) e innecesaria, toda vez que hoy se puede fácilmente acceder a la relación de lo publicado por cada uno de nosotros. De ahí que prescinda totalmente de hacer citas detalladas.

Va a ser Castilla y León, por razones de ubicación, fuentes, demanda social, cultural y científica a la que le he dedicado buena parte de mis libros, ponencias, múltiples artículos (científicos y periodísticos), etc. Comunidad, más que «histórica», donde las haya, y la cual, junto con el genérico «Madrid», se terminó, en demasiados casos, convirtiéndola en una especie de chivo expiatorio. Una especie de psicoanálisis colectivo que pretendía deshacerse de «demonios propios» (autóctonos) para, en una suerte de ceremonia de exorcismo histórico, tratar de transferirlos a otros sujetos (territoriales); o sea, culpar al «otro» de un pasado propio, por la vía de la simplificación y el maniqueísmo.

El proceso en estas tierras, que termina cuajando en la Comunidad de Castilla y León, fue muy complejo y hasta difícil por muchas razones, que no vienen al caso; pero que demandaba de los historiadores muchos dictámenes, consultas, pedagogía divulgativa, etcétera. La conclusión, después de múltiples trabajos individuales y/o de equipo, es que desde mediados del siglo XIX termina cuajando en la Meseta Norte —en paralelo con la textil catalana— una «burguesía harinera castellana» (término que acuñé en 1977). Hay por lo tanto aquí también una burguesía muy madrugadora y fuerte —sólo así se explica su fuerte «presencia política» dentro del conjunto nacional durante la Restauración— y cuya razón de ser y actuar gira en torno a la defensa de sus intereses económicos de grupo/clase, aunque con la habilidad suficiente y empleo de no pocos medios como para presentarlos ante la opinión pública como propios del conjunto regional, del pueblo castellano. Con este fin, se acuña una especie de eslogan de gran fortuna propagandística: Todos juntos y unidos en la defensa de los «auténticos intereses de Castilla» (patrioterismo de nuevo cuño), nada menos que desde la temprana fecha de 1843 —reacción contra el librecambismo esparterista— y claramente a partir de 1859 (puesta en marcha de la *Unión Castellana*). Obviamente, junto a lo económico, aparece lo cultural como elemento aglutinador y en concreto el gran peso de la historia. De ésta se destacan dos rasgos principales: el abolengo de lo castellano (representado por el pergamino) y una historia cargada de grandes gestas que se proyectan mucho más allá de los límites peninsulares. Gestas que por cierto son recogidas y exaltadas (cantares) por una tempranera y abundante literatura: Fernán González, Cid, Descubrimiento y conquista de América. Amén de poseer una lengua propia que se ha convertido en universal. Como se ve, los mismos mecanismos, recursos, etcétera, que utilizarán, *mutatis mutandis*, otras burguesías peninsulares. Nada nuevo, pero sí desconocido. Así se abrió un nuevo campo de investigación o, al menos, analizado desde otras perspectivas y abierto a aportaciones interdisciplinarias, especialmente de la literatura o la economía.

En cierto modo relacionado con lo anterior, desde la perspectiva de recuperar textos significativos de carácter histórico para Castilla y más en concreto para Valladolid, creamos, entre un grupo de amigos de procedencia diversa, el **Grupo Pinciano** (1978), cuya peculiaridad ha consistido en la suscripción previa y pago por adelantado, para implicar directamente a los potenciales lectores en la tarea de recuperación histórica y financiación. El método consistía en que una vez anunciado el libro a publicar, los potenciales lectores hacían, previo pago del

importe, la correspondiente reserva. El sistema funcionó muy bien, y se agotó por falta de textos a reproducir, a juzgar por la duración del invento —casi dos décadas— con un promedio de dos libros por año<sup>5</sup> y cuyas tiradas por término medio estaban a la par de no pocas editoriales comerciales<sup>6</sup>. Así se recuperaron y editaron muchos libros de carácter histórico, convenientemente prologados, que se centraban en Valladolid, pero también en el marco general castellano<sup>7</sup>. Un proyecto totalmente novedoso de largo recorrido, mitad historicista, cuya carga tratamos de reducir, y mitad concienciador del pasado vallisoletano/castellano. El éxito, al menos medido cuantitativamente, fue más que notable. Sin duda se debió a un trabajo serio y riguroso, pero también a la sensibilidad histórica (historicista) del momento, que a todos nos envolvía y a algunos emborrachaba.

Esto nos pone ante la **Historia Local**. Son varias las razones que nos llevan al cultivo de la microhistoria más que exactamente historia local (eruditismo). En parte por la mayor accesibilidad de fuentes, más posibilidades de publicación, aplicación de nuevas metodologías al campo de la microhistoria (comprobación de hipótesis generales), pero también por las vinculaciones y compromiso con el entorno inmediato, en mi caso Valladolid. Historia que, de una forma u otra, todos hemos practicado. Y, entiendo, que es una obligación con nuestro respectivo espacio; aunque la tentación de ofrecer visiones halagadoras de campanario (chovinismo localista) es el gran peligro que corremos, así como el no remontar un chato eruditismo de tipo anecdótico.

Los temas que he tratado han sido muchos, pero especialmente aquellos que hacen referencia a comportamientos, mentalidades, opiniones, etcétera, especialmente de momentos críticos. Un filón de cuestiones y problemáticas en los que no voy a entrar; pero que todos hemos tenido que atender con mayor o menor acierto. No puede haber una conmemoración que se precie sin su consiguiente contextualización (¿hagiografía?) histórica. Otros vendrán, como en el resto de los temas tratados, que matizarán y/o corregirán nuestros chatos puntos de vista, cuando así, por ignorancia y/o debilidad científica, nos hayamos dejado arrastrar por identificaciones y/o benevolencias excesivas con nuestro entorno más inmediato.

El otro campo de mi investigación, en realidad el primigenio y principal, que se va a ver reforzado y reorientado (más bien ampliado), al calor de la Transición y de la llegada de la democracia a España, es el análisis del papel de los medios de comunicación social y especialmente de la Opinión Pública; puesto que a partir de este momento el natural protagonismo del sujeto colectivo (pueblo) pasa a primer plano y, en adelante, hay que tratar de convencerle y ganarle, aunque sea propagandísticamente. Sin embargo, este centro de interés lo voy a dejar para el

<sup>5</sup> Cerca de medio centenar de volúmenes

<sup>6</sup> El promedio era en torno a 2.000 ejemplares, aunque algunos se aproximaron a los 4.000. Cifra ciertamente muy elevada y sostenida durante muchos años que eran fiel reflejo del grado de interés por los libros ofrecidos y de la seriedad del Grupo Pinciano

<sup>7</sup> En este sentido son significativos los volúmenes titulados: *Castilla Artística e Histórica. Boletín de la Sociedad Castellana de Excursiones*.

final, para poderle dedicar algo más de atención, puesto que para mí es el principal<sup>8</sup>. Sin embargo, antes, aunque sea someramente, quisiera referirme a otras temáticas a las que presté cierta atención.

Entre esas otras, debo hacer referencia a las **Relaciones Internacionales** y en especial a las de **España con Portugal**. Por afinidades culturales e idiomáticas, y por ser también para la historiografía española —salvo dos/tres honrosas excepciones— prácticamente desconocida la historia del ámbito lusitano —con un potencial humano de 200 millones de personas, repartidas por los cinco continentes— he procurado establecer unos vínculos cada vez más estrechos y cordiales; entre otras, especialmente, con las universidades de Porto y Lisboa.

La colaboración ha dado lugar a distintas y muy variadas iniciativas: desde la creación de instituciones<sup>9</sup>, establecimiento de convenios —intercambio de profesores y alumnos—, regularización de encuentros, publicación de obras, ponencias, seminarios, tesis, etcétera. Los centros de interés que especialmente me han interesado son desde luego las relaciones entre las dos dictaduras peninsulares (Salazarismo/franquismo), pero también la crisis del Antiguo Régimen, Iberismo, crisis del Ultimátum (1891) y la Cultura lusitana en general. Esta temática sigue siendo una de las tantas asignaturas pendientes de la historiografía española en su vertiente exterior. Hay que tratar de superar también en este campo el discurso receloso (nacionalista) portugués, pero también el discurso vacío (ausente) por parte de los españoles. El resultado hasta el presente ha sido «vivir de costas»; o sea, la ignorancia total del «otro» peninsular. La normalización de relaciones científicas y humanas —salvo pequeños reductos ultranacionalistas—, en muchos casos con estrechos lazos afectivos, entiendo que es el camino a seguir para continuar profundizando en el conocimiento mutuo de los dos «parceiros» fronterizos de una «raya» complementaria a la vez que artificial (política).

La **Historia Cultural** ha estado muy descuidada por parte de los historiadores, tal vez por ser tierra de nadie, cuando bien podía ser de encuentro entre historias especializadas e historia general, y/o por desconsideración acerca de estos factores en comparación con otros a la hora de la interpretación histórica. Es posible que por formación personal inicial y/o por creciente convencimiento científico de que junto a otros factores (por supuesto los económicos, pero sin hipertrofias deformadoras) los «culturales» debían participar metodológicamente de forma más precisa a la hora de la interpretación histórica; puesto que muchos momentos/situaciones históricas no se podían explicar satisfactoriamente en función de factores únicos y menos pretendidamente determinantes. Ahí entran los factores culturales —en sentido muy amplio— entre los cuales obviamente hay que incluir, a parte de otros, a la opinión pública.

---

<sup>8</sup> Para poder analizarlo con más conocimiento de causa realicé previamente los estudios de Periodismo, que terminé en 1975.

<sup>9</sup> He estado en los orígenes de la creación del Instituto Rei Afonso Henriques (Zamora/Porto), lugar de encuentro entre Portugal y España y especialmente de Castilla y León con la Región Norte de Portugal. No reducido ni dedicado exclusivamente a los temas históricos.

La Ilustración y su difusión, mis comienzos investigadores, me pareció que era un buen punto de arranque, especialmente para tratar de penetrar en el momento/fenómeno que es la crisis del Antiguo Régimen (España y Portugal), en donde los factores ideológico/culturales juegan un papel importante y entre ellos la opinión pública. Pese a que la opinión publicitada, al menos por los cauces al uso, sea escasa. Otros han sido los caminos y fuentes a recorrer.

La **Unión Europea** en absoluto puede ser considerada, aunque muchos de facto así actúen, como algo «exterior». Sin embargo, en sus orígenes hemos estado al margen por las consabidas razones políticas. Más que exactamente el «mercado común» (factores económicos) me han interesado especialmente los aspectos culturales como la base de la identidad europea. Aquellos rasgos que han definido y deben definir al nuevo ciudadano europeo (*Europea novi cives*). Al tema le he dedicado algún libro (Argentina) y diversos artículos de divulgación.

Dentro de la historia cultural tenemos que hacer referencia también a la **Historia de la Educación**<sup>10</sup>. A parte de cierta atención a la Enseñanza Primaria (varias tesis y trabajos), ha atraído mi atención el nivel universitario por lo que suponen de motor intelectual y a su vez reflejo del grado de desarrollo de una sociedad. Además, puesto que la Universidad de Valladolid —como heredera directa de los Estudios Palentinos<sup>11</sup>— es la más antigua de las universidades hispánicas<sup>12</sup>, nos permitía contar con un buen hilo conductor para ver la evolución histórica de los estudios superiores desde sus orígenes hasta nuestros mismos días. Diversos libros, ponencias, conferencias, dirección de tesis, artículos, etcétera, dedicados a esta temática.

Desde una perspectiva monográfica me han interesado especialmente algunos temas/períodos históricos como la Masonería, Crisis del Antiguo Régimen y del '98 y Franquismo.

La **Masonería** en España es un ejemplo claro de cómo una *imago* pública puede estar distorsionada e hipertrofiada debido tanto a la literatura propia (hagiográfica) como a la antagónica descalificadora (literatura de combate), debido en este caso al paradigma del «contubernio». Es un buen tema, como hilo conductor, para analizar los volubles y exaltados comportamientos de las diversas opiniones públicas, desde los orígenes de la contemporaneidad, pasando por el '98 (independentismo colonial), II República/Guerra Civil —exaltación indirecta y ahistórica— hasta la «normalización» en nuestros días.

<sup>10</sup> Posiblemente como consecuencia de mi primera formación en el campo del magisterio. El maestro funcionario (oposiciones) más joven en toda España de mi promoción.

<sup>11</sup> Está documentado su funcionamiento a finales del siglo XII. Tenemos unas Lecciones de Derecho (hoy impresas), impartidas por un conocido catedrático boloñés (Ugolino de Sesso), después de haber explicado también en La Sorbona, en dichos Estudios entre 1175 y 1195, sin poder precisar más.

<sup>12</sup> En 1228, Concilio de Valladolid, el obispo de Palencia pretende, sin éxito, que dichos estudios ya consolidados en Valladolid retornen a la capital palentina; lo cual remonta dicho traslado, sin poder fijar un año exacto, al paso del siglo XII al XIII.

Tema que me ha interesado desde esta perspectiva y al cual he dedicado/dirigido varios trabajos. Después de la cantidad y, en buena medida, calidad de estudios dedicados al tema masónico ya es posible hacer la síntesis de las diversas reacciones —casi siempre viscerales— dentro de una sociedad profundamente reaccionaria ante el masonismo y en especial de las encontradas visiones, radicalizadas y cainitas a las que asistimos a lo largo de la atormentada contemporaneidad.

La crisis del **Antiguo Régimen** en concreto, junto a los factores económico/sociales, es incomprensible si no se tienen también en cuenta los ideológico/culturales; en una palabra, la opinión pública como poderoso factor histórico de cambio o reacción. Aspecto éste que trataré más adelante. La crisis del Antiguo Régimen, que hunde sus raíces (culturales) en la segunda mitad de la centuria anterior, tanto en España como en Portugal, no es comprensible sin el concurso de las diversas corrientes de opinión. Sin embargo, aquí se plantea un problema importante, al menos desde una ortodoxia metodológica reduccionista. Lo que solemos denominar como «medios de comunicación social» (prensa) son muy escasos en este período y de reducida difusión. ¿Cómo se puede superar esta aparente contradicción? Ampliando el estrecho concepto clásico de medio de comunicación social (escrito) e incorporando también los orales, icónicos, etcétera. Son muchos los trabajos propios y de dirección sobre este campo y perspectiva que me han ocupado en diversas ocasiones, partiendo desde los mismos orígenes de mi actividad investigadora.

La **Generación del Noventayocho**, pese a las voces críticas —procedentes especialmente del campo de la historia de la literatura— con respecto del término «generación» centrada en este período de nuestra historia. Al margen de estas disquisiciones, lo cierto es que es la primera vez —con permiso de algunos adelantados krausistas, el primer '68—, cuyos intelectuales —demócratas de cátedra— se vuelcan literalmente sobre los medios de comunicación (prensa) como la mejor palanca pedagógica para la transformación y concienciación de la sociedad española, para tratar de resolver los múltiples problemas planteados; incluido el esencialista, que parece llegar a nuestros días, que apunta en la dirección de poner el acento en que el meollo del problema es la España misma.

Aquí encontramos, por primera vez, que las opiniones públicas o, si queremos hilar más fino, las opiniones publicitadas juegan un papel de primer orden tanto en el campo intelectual, político como social, sin olvidarnos del económico. No se puede entender el meollo del Noventayocho si no tenemos en cuenta a los intelectuales/divulgadores y su contribución crítica (hipercrítica) acerca de las causas — más que soluciones— y la descripción del apocalíptico panorama en los albores de la pasada centuria.

Es un momento ideal, por muchas razones, para analizar y sopesar el papel de la opinión pública como factor determinante en prácticamente todos los terrenos, como señalaba anteriormente. Muchos y muy variados han sido los trabajos realizados, desde esta perspectiva, en torno a este apasionante momento de la historia española, en donde en gran medida se perfilan y precipitan los rasgos esenciales de la historia española de la siguiente centuria (XX). El segundo momen-

to, centrado en el norte de África, nos lo ofrece la Semana Trágica, pero especialmente Annual, cuya repercusión en la emotividad colectiva española no tendrá parangón hasta la Guerra Civil, obviamente. El '98 y Annual tienen muchos paralelismos, aunque bastantes diferencias en cuanto a las reacciones desencadenadas en la opinión pública española.

Desde luego, el primero y más importante núcleo de mi actividad investigadora gira en torno a la **Prensa y Opinión Pública**. Hace apenas un cuarto de siglo el proponerse convertir a la prensa en sujeto de investigación científica era poco menos que una temeridad académica, máxime si tal enfoque teórico y metodológico se quería abordar más allá del eruditismo hagiográfico tradicional; a pesar de que hacia finales de la década de los cincuenta ya habían aparecido en España dos tesis doctorales de importancia (Enciso Recio y García Nieto), amén de otra serie de trabajos monográficos ciertamente interesantes. La aportación, más tardía —década de los ochenta— y desde una óptica más utilitaria de la comunicación, procedente de los historiadores de la Comunicación Social, que empezaron a cristalizar, después de la Escuela Oficial de Periodismo, en torno a las recién creadas Facultades vendrían a enriquecer el panorama tanto cuantitativa como metodológicamente. Sin embargo, los inicios investigadores en este campo a comienzos de la década de los '70 no fueron precisamente nada fáciles, comenzando por la falta de una metodología medianamente contrastada, que tuvimos (tuve), en buena medida, que «inventar»; amén de otra serie de recelos de procedencia diversa (incluidos los resabios positivistas aún en boga) que fue necesario ir superando. De ahí procede, sin duda, mi gran preocupación y atención a la metodología aplicada a este campo de la prensa y opinión pública.

No obstante, pese a estos recelos y a la gran ignorancia reinante, tanto historiográfica como metodológica, lo cierto es que de forma vergonzante, puesto que raramente se citaba la fuente periodística de la cual se habían extraído los datos, se venían utilizando, incluso de forma abusiva, a los periódicos como fuente histórica; aunque de forma casi siempre muy defectuosa e incorrecta metodológicamente. Es éste un tipo de fuente que, como cualquier otra, es preciso conocer previamente y preguntarle (hipótesis) por aquellas cuestiones a las que realmente nos puede contestar. Sin olvidarnos que a la principal cuestión acerca de la cual pueden ofrecernos insustituible información los medios de comunicación social es precisamente sobre todo lo relacionado con las conformaciones de opiniones públicas. De ahí que lo más práctico fuera comenzar por estudiar un caso tipo, para que pudiera en adelante servir de modelo metodológico, con el fin de abrir camino a los múltiples casos y particularidades del vasto y complejo panorama comunicacional español.

Con carácter general, el primer paso en este campo ha sido tratar de poner en marcha la entonces prácticamente inédita catalogación de las publicaciones periódicas, a partir de una **Ficha hemerográfica** tipo<sup>13</sup>, que pudiese servir de

<sup>13</sup> Puede verse detalladamente y aplicada en la praxis en ALMUIÑA, Celso: *La prensa de Valladolid en el siglo XIX*, Valladolid, Instituto Simancas, 1977, 2 vols.

pauta inicial para el novato investigador que aterrizase en este frondoso campo del periodismo español y/o universal —casi virgen entonces en la mayoría de los países— así como para emprender la ingrata, pero imprescindible, tarea de catalogar el frondosísimo conjunto periodístico español.

Sin embargo el estudio del caso aislado, por muy significativo que fuese, no aporta demasiado, precisamente en un terreno tan dialéctico y plural, al conocimiento del conjunto, o sea, la **Historia del periodismo** o mejor a la **Historia de los Medios de Comunicación Social**. Este únicamente se puede abordar desde espacios homogéneos y abarcables: ámbitos locales (en casos complejos), provinciales o regionales, según tiempo/espacio a abarcar, complejidad y disponibilidad del investigador. Sólo así podremos llegar en el futuro a conocer la historia de los medios de comunicación social, que no dejan de multiplicarse, diversificarse y ser cada vez más influyentes.

Era preciso dar un paso más y —sin olvidarse de la tarea aún inconclusa de catalogar e historiar el rico panorama comunicacional español— había que abordar el complejo campo historiográfico de la formación e incidencia de las **Corrientes de opinión**, pero desde una perspectiva diacrónica (evolutiva) a la vez que sincrónica (relacional) y tratando de sopesar su incidencia en la toma de decisiones a lo largo y ancho de la historia. Si se quiere decir de otra forma, es analizar y valorar el peso de las opiniones como **Factor histórico**. Es imposible pretender conocer cualquier período histórico sin tener en cuenta el peso dialéctico de las opiniones imperantes en ese momento, especialmente si se trata de épocas críticas —cambios acelerados— y máxime —no exclusivamente— a medida que nos acercamos al presente y en sociedades plurales y democráticas.

Desde el mundo griego hasta la sociedad de la información las opiniones han jugado, *mutatis mutandis*, un papel tan o más relevante que muchos de otros factores que consideramos imprescindibles (economía, política, etc.) en toda cesta metodológica que se precie. Sin el conocimiento e inserción de la opinión pública, al menos la publicitada, dentro del conjunto histórico analizado, la síntesis resultante pecará cuando menos de incompleta y a buen seguro que también de distorsionada. Aspecto que sigue centrando buena parte de mi actividad en la actualidad. Mi pretensión sería poder llegar a conseguir una síntesis, al menos de los momentos más críticos y señeros de la historia, en que la dialéctica de las diversas opiniones hayan sido más decisivas para el curso de la historia. Momentos no faltan: revoluciones liberales, socialista, fascismos, descolonizaciones, guerra fría, caída del muro, etcétera. Y en el específico caso español, junto a lo anterior: La Gloriosa, '98, Annual, II República, Guerra Civil, Transición, etcétera.

Nos queda una cuarta vertiente, dentro de otros muchos enfoques posibles, ya dentro del terreno de la teorización o de los paradigmas interpretativos, a caballo entre la historia, sociología, comunicación y un largo etcétera interdisciplinar: ¿Es la opinión pública el **Paradigma** a través del cual podemos analizar e interpretar de forma global cualquier período histórico? ¿Es la opinión pública, como resultante de otra serie de fuerzas dialécticas —sociales, económicas, ideológicas, culturales, etc.— la atalaya desde la cual podemos comprender mejor los procesos históricos y hasta manejar los conjuntos sociales?

Entiendo que estamos, otra vez más, ante la pretensión de crear un nuevo paradigma unívoco (monocausal) de raíz totalizadora, que pretende sustituir y/o remedar a otros ya anacrónicos. Sin embargo, más allá de exageraciones interpretativas —la comunicación como compendio y síntesis de todos los demás factores sociales— de lo que realmente se trataría es de poner énfasis —por elevación— en el papel de las opiniones públicas tanto para llegar a conseguir un conocimiento histórico globalizador como para el manejo de comportamientos sociales desde perspectivas pragmáticas. En todo caso, finalismos aparte, no cabe duda que la incidencia de los medios de comunicación social al menos en la importante parte que les toca en la formación de las opiniones debe ser tenido muy en cuenta desde diversas disciplinas científicas, comenzando por la historia y prolongándose en otras muchas.

El **Compromiso social**. El historiador, como científico y como ciudadano, debe estar comprometido con su medio y con su tiempo. Una de las formas, aparte de la investigación, es la de tratar de implicarse (colaborar) tanto con la institución en la que se halla encuadrado (Universidad)<sup>14</sup>, como con otras muchas actividades de naturaleza diversas y que podríamos denominar de «extensión universitaria» y/o ciudadana, desde aquellas más de carácter profesional<sup>15</sup>, académicas<sup>16</sup> a otras de cierta proyección social<sup>17</sup>. No me olvido, desde este planteamiento, de todas aquellas actividades que podemos denominar divulgativas: libros<sup>18</sup>, revistas<sup>19</sup>, colaboraciones en medios de comunicación social y en especial en

<sup>14</sup> Entre otras muchas actividades de responsabilidad académica debo citar: Director del Departamento —más de dos décadas— Juntas de Facultad, Juntas/Consejos de Gobierno, Claustros Universitarios, Vicerrectorado (Instituto Ciencias de la Educación). Múltiples comisiones del más variado tipo y condición. Creación, después de más de un larga década, de la Licenciatura de Periodismo en la Universidad de Valladolid. Presidente del Consejo de Directores de Departamento de la Universidad de Valladolid. Director de la Revista *Investigaciones Históricas* (Uva). Miembro del Consejo de Redacción de diversas revistas profesionales. Organización de Congresos (III Asociación Historia Contemporánea, Historia de la Comunicación: Del Periódico a la Sociedad de la Información) etcétera. Presidencia y/o participación en múltiples tribunales desde tesis, selección de profesores hasta Habilitaciones. Programas de Tercer ciclo, doctorados cursos de especialización, etc.

<sup>15</sup> Asociación de Historia Contemporánea (ex vicepresidente), Historiadores de la Comunicación Social, Comité Español de Ciencias Históricas Internacional (Vocal), Miembro de Honor del Centro de Estudios Históricos de la Masonería Española (Zaragoza). Vocal del Instituto de Historia Simancas (Uva). Del Instituto Interuniversitario Hispanoamericano y Portugués Universidades Valladolid y Salamanca). Miembro-colaborador con el Instituto Ortega y Gasset (Madrid).

<sup>16</sup> Curso del CAP, Universidad «Millán Santos» (Tercera Edad), Extranjeros, etcétera.

<sup>17</sup> Colaboración y/o implicación directa en Ateneo (Vicepresidente y director Sección de Historia), Círculos, Casas Regionales, Asociaciones diversas, etc. Colaborador de la Seminci (Semana Internacional de Cine) de Valladolid (Tiempo de Historia). Participación en Jurados. Comisario de Exposiciones. Presidente del Grupo editor de **Crónica/7**. Revista semanal de carácter general de ámbito castellano y leonés (1987).

<sup>18</sup> Manuales de Historia (Anaya, Ambito), o los libros del Grupo Pinciano (Historia local y regional).

<sup>19</sup> Aparte de las científicas, las de carácter divulgativo: Tiempo de Historia, Debates (Sistema), Simancas, Gaceta Literaria (Ateneo), y un largo etcétera.

prensa escrita<sup>20</sup>, conferencias y muchos otros «quehaceres» dentro del mundo cultural local/regional.

Esta otra actividad o dimensión siempre la he considerado como muy importante y como un deber para con nuestro medio social. El universitario no puede estar encerrado en su «torre de marfil»; esto es, centrado exclusivamente en la investigación básica. No debiéramos olvidarnos, desde luego y en primer lugar, de la importancia de nuestra dimensión como profesores desde los cursos inferiores a los de especialización<sup>21</sup> a los del doctorado<sup>22</sup>, tan importante y tan poco reconocidos dichos esfuerzos.

No podía, por último, dejar de hacer referencia a mi vertiente como «**Reformador**» de Programas de Historia en las etapas pre-universitarias. A raíz de la abortada Reforma de las Humanidades (1997), el Ministerio de Educación pidió al Instituto Universitario Ortega y Gasset (Madrid) un documento de trabajo para reformar y reforzar los conocimientos históricos en los niveles primarios y medios. Pensaron, responsables de dicha Fundación, que una persona apropiada para coordinar un equipo podía ser el que subscribe. Después de no pocas resistencias, cometí la debilidad de acceder por diversas razones. El equipo de personas que me acompañaron —a las que nunca agradeceré bastante su trabajo y apoyo— era competente, plural (ideológica y territorialmente). Las ideas de que partíamos eran: tratar de elevar el nivel de conocimientos en general, con especial atención a aquellas etapas y/o aspectos que mayor herencia habían dejado para el futuro. Dentro de la libertad interpretativa, evitar manipulaciones preconcebidas: reducir la explicación sólo y exclusivamente a un ámbito geográfico/cultural como si el resto no hubiese existido (reduccionismo interesado); mutilación de ciertas partes del *continuum* histórico (Reconquista, Reyes Católicos, América, etc.), según acomodaciones particulares; manipulación claramente sesgada de otras: invenciones, hipertrofias, cortes caprichosos, etc. Y, en relación con lo anterior, lo que podía ser peor: ofrecer una imagen de nuestro pasado distorsionada en no pocos casos con fines de división, confrontación, cuando no clara y peligrosamente xenófobos con respecto al resto de las otras partes de España.

Que la historia se ha venido utilizando y se sigue utilizando con determinados fines no es ninguna novedad. La «novedad» tal vez radicase en que, cuando todos proclamamos que hay que dejar de manipular la memoria histórica, ciertos grupos (territoriales) entiende, puesto que parece ser inevitable —la historia como simple arma de combate al servicio de una buena causa, escuela subjeti-

<sup>20</sup> Cofundador y Presidente del grupo editor de la revista semanal de ámbito regional (1987) *Crónica7*.

Colaborador de diferentes periódicos, pero especialmente de *El Norte de Castilla* (Valladolid) desde hace tres décadas.

<sup>21</sup> Enseñanza fundamentalmente en Historia Contemporánea, Historia de la Comunicación Social y otras anexas.

<sup>22</sup> Después de otros muchos programas, desde hace algún tiempo coordino el Programa de Tercer Ciclo «Medios de comunicación y cambios en la historia».

vista norteamericana—, vamos a apoderarnos de ella con el fin de contribuir a la buena causa del nuevo sujeto social (pueblo) objeto de nuestras querencias y afanes.

Analizados los contenidos generales de las materias históricas<sup>23</sup> que se estaban impartiendo en la mayor parte de las Autonomías —por no decir de todas, aunque con diferencia de grado— no dejaba de asombrarnos que estuviésemos hablando del mismo pasado aplicado al mismo tiempo y espacio; independientemente —obviamente— del respeto más total a las diversas interpretaciones «científicas», en cuyo terreno ni desde lejos nadie osó entrar, por respeto científico y además porque nunca se traduciría práctico. Principios que, por cierto, no parecen regir para las interpretaciones nacionalistas.

Lo cierto era que, al socaire de nuevas/viejas o redescubiertas fidelidades territoriales, en muchas de esas pretendidas «recuperaciones de la memoria propia» —irrupción de nuevos sujetos históricos en el campo historiográfico, *revivals* del romántico concepto de «pueblo»—, se esconde, aunque con notables diferencias de grado, en no pocos casos las consabidas «formaciones de espíritus nacionales».

El respeto a lo legislado brillaba por su ausencia<sup>24</sup>. El nivel de conocimientos de carácter general, según baremos tanto internos como internacionales, había descendido claramente —aunque las verdaderas causas en honor a la verdad sean mucho más complejas y profundas—, por lo tanto el primer objetivo era tratar de elevar el nivel de conocimientos. Segundo, ofrecer una visión general sin soluciones de continuidad del conjunto de la historia de España. Los saltos cronológicos en muchos de los programas autonómicos eran más que evidentes, pero desde luego siempre con intencionalidad clara. Luego, cada autonomía disponía de la parte proporcional (40%) para dar cabida a sus propias peculiaridades, «hechos diferenciales» y/o de aquellos aspectos y acontecimientos más próximos a los intereses del alumno, pero siempre alejados de localismos y visiones de campanario. Obviamente, en esta segunda parte nunca pretendimos entrar, únicamente insertar dicha pieza dentro del conjunto general. Es revelador que en los niveles de exigencia, prácticamente nadie entró (salvo algunos disparates que nada tenían que ver con el informe), lo cual ponía de manifiesto la complejidad y diversidad de fuerzas confluentes y no sólo de los «nacionalistas, que hasta se podían entender, aunque no justificar»<sup>25</sup>.

<sup>23</sup> Analizados los diversos Programas de materias de Historia, Historia del Arte, pero también incluso la Geografía, fácilmente se detectaba (detecta) que se llegaba a extremos que si no estuviesen preñados de consecuencias, podían resultar hasta cómicos. Los ejemplos son múltiples y en muchos casos auténticamente mutilantes, pero siempre reveladores de trasfondos de mucho mayor calado e intención hasta llegar a postular auténticas divisiones, enfrentamientos y en no pocos casos buscadas xenofobias.

<sup>24</sup> Recuérdese que, por ley, tratábamos de operar únicamente sobre el 60% de los contenidos, puesto que el restante 40% correspondía rellenarlo a las Autonomías.

<sup>25</sup> Una de las mayores estulticias era afirmar que se volvía a una historia tradicional y erudita y como prueba «irrefutable» se afirmaba con toda seriedad y sobrados de razones que en adelante se quería volver a exigir la lista de los reyes godos —confieso que nunca la he sabido ni falta que hace—.

Los argumentos y/o motivaciones (sentimientos), más que razones, de gobiernos «nacionalistas», que defendían su autonomía porque entendían que eran invadidas sus competencias y/o para ponerse la venda antes de la herida, era comprensible, puesto que así podían disponer de un reconocido instrumento de formación de nacionalismos. Sin embargo, lo que es menos comprensible y desde luego nada justificable es que determinadas personas/grupos/partidos «progres», máxime si se acogen al marchamo «internacionalistas», se sumasen a una chata campaña nacionalista. A la campaña se sumaron también medios de comunicación social, impensables en principio y que en la «intimidad» sostenían una cosa bien distinta —que habrá que analizar algún día— pero que obedecían a intereses muy concretos de «empresa» en vez de las declaradas oficialmente. En honor a la verdad, debo confesar que personas muy relevantes y de ambos partidos mayoritarios se implicaron a fondo para tratar de llegar a programas de mínimos, integradores y sobre todo de los cuales desaparezcan antivalores como el fomentar la división, confrontación, odios inter-territoriales, o fomento descarado y suicida de xenofobias de base culturalista cuando no esencialmente racistas. No es el camino. El reconocimiento de la diversidad y el pluralismo no puede transitar por estas extremas y peligrosas vías programáticas.

A la postre, la campaña en contra de la Reforma de las Humanidades (Historia) tuvo éxito, puesto que la mayoría prefirió mirar hacia otro y/o no manifestarse públicamente, guardar una «prudente y equidistante distancia», políticamente más correcta y menos comprometida —ciertamente algunos lo tenían difícil dado el medio/ambiente en que se desenvolvían—, no faltaron los que solemnizaron lo obvio, cuyos principios muchos podíamos compartir, pero que nada tenían que ver con abordar y tratar de abordar el complejo y emponzoñado problema.

Será revelador, a partir de la abundante información acumulada y de muchos testimonios discretos (confidenciales), hacer el análisis de cómo la opinión pública hábilmente manejada, lo que llamaba anteriormente la opinión pública factor histórico, tiene una fuerza actuante tremenda y cómo los argumentos manejados en escasa medida se compadecen con la realidad, pero que terminan creando unas imágenes virtuales mucho más fuertes y desde luego operativas que la misma realidad. Nada nuevo para un historiador de la opinión pública. En no pocos casos los media se convierten en un fin en sí mismo, al margen de supuestas consideraciones de carácter general. Fácil de demostrar. Tampoco ha sido necesario esperar tanto tiempo.

Al margen de responsabilidades, errores y/o intereses más o menos confesables, lo cierto es que el problema sigue planteado tal cual. Caben dos opciones: dejar seguir el curso de la historia —por lo que parece haberse adoptado— o tra-

---

Supongo que los que esto aseguraban, aparte de no haber leído y/o entender el texto, o bien ellos sí pretendían algo similar, pero aplicado a un marco distinto, o no tenían ni idea de lo que se escondía por detrás de la «exigencia», de pedir que no se ignorase esta etapa (y muchas otras), de la cual sólo pedía conocer las características generales de la etapa visigoda, especialmente de la herencia que más claramente se había proyectado hacia el futuro; esto es diversas motivaciones.

tar de situar el problema en sus exactos términos y reconocer que por este camino de seguir «sembrando nacionalismos xenófobos» (al margen de propuestas independentistas de cada cual) se puede desembocar en callejones sin salida. El tiempo dirá, como historiadores y como ciudadanos, al margen del reconocimiento obvio del pluralismo, a dónde va a conducir esta nueva formación de nuevos «espíritus nacionales» (nacionalidades) dentro del marco general de la Unión Europea. Un marco nuevo, que convierte en obsoletos muchos de los planteamientos presentados como novedosos. La globalización no deja de asustar a muchos y entre las posibles reacciones están las contractivas (defensivas) que buscan «agarir» en nuevos sujetos (pueblos) que le son más próximos en todos los sentidos. Sin embargo, una cosa es la etiología y otra bien distinta las alternativas adoptadas.

El gran problema con el que nos enfrentamos es que nos estamos moviendo en dos planos distintos: unos en el de los sentimientos y otros en el de una cierta racionalidad. Me temo que dos orillas antagónicas sin la posibilidad de establecer puentes. Unas minorías —nacionalistas de uno u otro sentido— se mueven exclusivamente en el terreno de los puros sentimientos y afectos. Otros pretendemos hacerlo en el de la «racionalidad histórica», discutible e interpretable; pero siempre en el terreno de la razón dialéctica. El muro parece insalvable, máxime cuando algunos, además desde un maquineísmo excluyente, cuando no abiertamente xenófobo, tratan de hallar sus señas de identidad frente y/o exclusión del «otro». La reclamada diversidad se convierte en nacionalismo excluyente, dentro del cual no cabe la diversidad y relaciones de interacción. Los valores de la sociedad moderna —plural, tolerante, abierta y solidaria— no tienen cabida en aras de un nuevo dogma (posmoderno), sea de base cultural y mucho más cuando lo es de raíz pretendidamente biológica.

Un panorama, por lo tanto, con sombras y luces el que se presenta hoy a la nueva generación. Sombras, los nuevos sujetos históricos colectivos —«pueblos»— cuando se presentan como causa explicativa única y teleológica. Factor que condiciona, de las formas más sibilinas, el nuevo quehacer histórico. Si duda, el gran reto para la nueva generación será el conseguir tratar de superar los nuevos dogmatismos de tipo nacionalista, como en el pasado lo fue para nosotros la doctrina nacional-católica.

Luces, puesto que no es menos cierto que tanto por los medios disponibles, libertad, desarrollo crítico de la ciencia histórica, la nueva generación parte de una base mucho mejor para la reconstrucción histórica de la «nuevas historia», menos cargada de dogmas, pero no por ello que «todas y cada una de las más disparatadas interpretaciones están en plano de igualdad». Un relativismo pretendidamente ecléctico e igualitario, que luego no practican sus defensores y que además conduciría al «conocimiento histórico» a simple literatura de combate; o sea, la «bondad» de una reconstrucción histórica se valoraría en función de la utilidad que es para la «buena causa» de turno. El definir los conocimientos históricos, valorarlos, creer en ellos, aunque siempre de forma provisional y en perpetua construcción, va a ser una de las grandes batallas de la nueva generación para sacar a la historia de la encrucijada que el siglo XXI ha heredado del pasado.

Nosotros hemos transmitido a la nueva generación. Después de todo, no lo olvidemos, somos hijos del '68 y a la vez los engendrados del feroz individualismo posmoderno.